

CONCURSO

Cuento Corto



Los cuentos publicados a continuación resultaron ganadores del Concurso "Cuento Corto" del Departamento Académico y de Investigación de IBSA (International Business Students Association) en donde participaron estudiantes del programa de Negocios Internacionales de la Universidad del Magdalena. En esta primera edición del concurso, fueron elegidos los dos mejores para su publicación en la revista Heterotopías, como parte del premio para los participantes.

1er Puesto



Un escape infortunado

Javier José Majarrés Iglesias
Estudiante Programa Negocios
Internacionales

Eran las cinco de la tarde de aquel martes, tan maldito, que sin duda nunca olvidaré ni siquiera estando en la otra vida; iba caminando hacia mi muerte, yo, Pedro Judín, quien por no tomar una vida correcta fui condenado a vivir en el anonimato y la persecución de los que buscaban darme lo que merecía por ser tan frío, despiadado, por ser criminal. La ejecución me esperaba ansiosa.

Iba en camino a mi fin y en menos de lo que imaginé estaría en el silencio vacío de la muerte, en mi mente, la vida que llevaba me apuñalaba con recuerdos fríos, apabullantes, inmisericordes... pero la ironía era que mi corazón combatía esta emoción con la bella, pero tonta, ilusión de salvarme de esta, alimentada por el hecho que el alférez que me ató, al parecer, era novato y mis manos tenían un nudo muy flojo. En cuestión de segundos me encontraba cerca del pelotón de fusilamiento mirando al cielo, desesperado, deseando un verdadero milagro. Los minutos pasaban y la angustia me consumía; cada paso que daba era uno más cerca de mi deceso, uno más lejos de vivir un día más. Subí cada escalón de la estructura de tabla donde me aniquilarán y vi como la soledad acompañaba mi dolor. Detrás de mí había tres soldados, todos al parecer mercenarios profesionales y a mi alrededor la estructura del patio inmenso, un lugar de la más notable inquisición, ese frío lugar me vería morir. Cuando volteé y les di la cara a los soldados, la parca me sonrió irónicamente, el corazón corrió hasta mi garganta y ahí se aferró; se oyó:

“¡Preparen!” — Tragué en falso.

“¡Apunten!” — Cerré mis ojos.

“¡Fuego!”.

En ese momento los únicos sonidos que oí eran los ecos de los disparos en el aire, que como lobos feroces traspasaban el viento hacia mí; mas increíblemente las balas no fueron tan letales como su función asesina; los disparos fallaron. Así, como no tenía mis manos bien atadas y los soldados necesitaban recargar, me solté, corrí lo más rápido que pude, vi una cuerda que guindaba a unos metros de la tarima de tabla en la que estaba y la usé para balancearme, aproveché mis habilidades acrobáticas para superar aquel alto muro de contención y cuando logré salir, una emoción incontenible segó mi angustia y me hizo mirar al cielo gozoso. Había escapado.

El camino hacía mi libertad estaba abierto, así que corrí, avancé muchos metros confiado porque no veía ni sentía pelotones detrás de mis pisadas; cuando de repente una flecha rozó mi oreja y se clava en un árbol, giré mi cabeza hacia atrás y vi aquella hueste que viene detrás de mí como cazadores de venados detrás de su presa. Balas, flechas, dardos, pasaban al lado mío como viento, me acechaban y no encontraba salida; al parecer mi muerte era inminente. Pero una vez más, una oportunidad de salvarme apareció; estábamos a pocos pasos del bosque del norte, un lugar que conocía bien y donde podría refugiarme, además allí vivía Harley, un viejo amigo, colega de profesión.

Nos adentramos en el bosque, los soldados no cesaron en su deseo de matarme, así que me siguieron varios metros, la persecución más decisiva de mi vida transcurría, pero algo raro sucedió; misteriosamente noto que ellos dejaron de perseguirme, así que me calmo, camino un poco y busco con tranquilidad la

choza de Harley, que está a unos metros de mi actual paradero. En ese momento, una bala hirió mi brazo derecho rosándolo ardientemente... caí, me lamenté y escuché a pocos metros un grito: "¡Está herido!, ¡le di!". Intenté seguir corriendo, pero el dolor ya estaba superando los límites que puedo resistir.

Antes de llegar con Harley había un pequeño laberinto de maleza espesa que me podía ser útil, así que no lo pensé dos veces para adentrarme en él, una vez ahí, me perdí entre la abundante vegetación para que no me vieran. Y así es, los soldados pasaron de largo frente a mi escondite sin inmutarse que yo estaba allí. Amarré un pañuelo a mi herida, esperé unos minutos y seguí mi camino. Harley estaba cerca. Cuando visualicé su choza le hice una seña que ambos conocíamos, así que el corrió y me auxilió. Parecía que los soldados se perdieron, además, como ya casi anochece, la búsqueda iba a cesar. Nos pusimos cómodos dentro de la vivienda, Harley y yo conversamos mucho aquella noche, recordamos buenos momentos y nos reímos un poco; mi pena y angustia se esfumaban con el pasar de los minutos, la noche caía, era seguro que yo me había salvado, había escapado de las manos de la muerte, me había esfumado. Pero mi escape aún no había terminado, aún estaba cerca del territorio de los asesinos, al amanecer debía irme lejos.

Cuando amanece me parece ver, entre el sueño y la cordura, que mi amigo salió, pero sigo dormido; una hora después me levanté y Harley al verme salió a buscar algunas frutas para comer y a revisar si no había rastro de los "guardias asesinos", cuando regresó informó contento que el camino estaba libre, yo no podía creer tal noticia. Cuando fui al patio de la choza

a buscar mi ropa, dos soldados estaban allí, con sus rifles, sus uniformes, una risa endemoniadamente feliz que a mí me hacía temblar los huesos. Corrí hacia la sala de la casa buscando a Harley para huir y lo encuentro con el general, sentado tomando un té, mi asombro fue enorme. Rompí la ventana para salir por ella. Intenté correr, pero estaba rodeado, los soldados me tenían muy vigilado; esta vez no había escapatoria, sin embargo, intenté huir, pero una bala en mi espalda cortó mi ilusión. El aire se iba, se llevaba la luz de mi vida, volteé y lo que vi es el arma que me ha arrebatado la vida en las manos de un soldado, al minuto Harley salió y no estando conforme con la situación me disparó una vez más en la cintura justo en la botella de alcohol que tenía allí ajustada a mi cinturón. Esto encendió una llama que no puedo apagar por el dolor y la agonía del balazo en mi espalda, causándome una muerte horrible, agónica e inevitable. Cada segundo, en que las llamas me estaban consumiendo, el dolor se hizo más fuerte, pero por dentro me extinguía el saber que la mano que me ha fulminado es la de quien creí estaba de mi lado. Así fue como partí de este mundo; en medio de la risa de quienes querían verme muerto. Tuve que morir para darme cuenta que en verdad no merecía la pena vivir.

Mi última impresión del mundo fue la traición y el dolor. Mi último contacto con la vida fue este pequeño espacio que, estando en el más allá, me han regalado para contar como me mataron. Mostrar al mundo que un bandido siempre será bandido, incluso con sus amigos, e irá detrás de la mejor paga y la mejor posición. Yo, aquel miércoles en la mañana, quedé sin vida. Mi amigo vivió y además la recompensa por matarme fue enorme. ¡Fue una injusticia justa! 🏠

2^{do} Puesto



La cenicienta y el licántropo

Ana Mercedes Luna Santana
Estudiante Programa Negocios Internacionales

Mi nombre es Áurea, mis padres amaron este nombre debido al color de mi cabello, ellos decían que resplandecía como el oro. Vivo actualmente con mi padre, mi madre está viviendo en un pueblito muy pobre y lejano, él no deseaba que su bella hija viviera de esa forma y aquí estoy; vagando por mi existencia y tratando de tener una historia sin tanto lamento.

En casa viven: mi tía Estanislá y mis primas Herlinda y Esmirla. A causa de la primera mencionada, mi hogar se derrumbó. Desde el momento en que mi mamá dejó entrar a esta judas dando besos, supe que nada bueno se avecinaba para mi familia.

Todo esto empieza cuando decido trabajar en el palacio del rey, deseando que alguna realeza se case conmigo y así acabar esta penosa existencia.

Camino hacia la entrada del patio para hablar con la encargada de los sirvientes del lugar, es una mujer bastante grotesca y seria, como decimos en mí vereda: "todo le hiede y nada le huele".

Al estar casi a dos metros de Brunilda, por cierto, ese es su nombre, mirándome con esos ojos de gata en celo, chasquea su lengua y me dice:

- No creas ni por un momento que tu bello rostro te ayudará a conquistar a alguien de la realeza, todas las chicas como tú vienen con el mismo pensamiento y terminan casándose con cualquier jornalero –upss, justo en el pum pum de mis ilusiones.

- Respetada señora Brunilda, en ningún momento ha sido esa mi intención, por favor perdone si mi bello rostro le ha mostrado lo contrario –toma bruja, yo también puedo ser cruel.

Ella se da media vuelta y yo me enfoco en la mirada chocolate de un chico que me mira con ganas de darme cinco.

- ¿Será que su majestad de bello rostro, me podría acompañar o desea que le pase una invitación?
–Todos me miran como si una sogá estuviera colgando de mi cuello.

La sigo en total silencio, cuidando mis pasos, por si esta Brujilda (su nuevo nombre en lo secreto) tiene orejas ultra sensibles.

- Estas serán tus tareas –me va indicando mientras caminamos por un largo pasillo de bloques pequeños, muy elegantes – ayudarás en la cocina y luego limpiarás el traspatio después de la fiesta, queda claro ¡bello rostro! –me mira entrecerrando sus ojos, estudiándome como si quisiera desaparecerme. En verdad me he ganado la gloria de su inquina.

- Si señora Brunilda, gracias por su ayuda –le sonrío y sigo derecho hacia la cocina.

Entro a la asombrosa cocina y me pongo a la orden de la encargada, me dice que debo hacer y empiezo mi trabajo.

Son pasada la media noche y decido caminar al traspatio para hacer mi limpieza, algo llama mi atención, la señora Brujilda mira fijamente a un enorme lobo con ojos brillantes y más negros que la oscuridad de la muerte, se fijan en mí y pierdo mi vista en la infinidad de esos luceros tenebrosos cayendo al suelo.

Despierto en una enorme habitación, las puertas se abren y entra un hombre blanco como la leche, de cabello castaño, ojos marrones, labios seductores que me cautivan y me hacen pensar que estoy en el cielo con mi ángel guardián.

- Buenos días, eres una mujer con un bello rostro, tu parecer me hace recordar a una persona –me mira

atentamente. No te preocupes, te desmayaste y te traje hasta aquí –medito sus palabras y recuerdo la noche anterior.

- El lo...bo, ¡eras tú! –instintivamente doy marcha atrás, mientras él con su mirada fría me hace temer por mi vida

- ¿Asombrada?

Es él, un sentimiento gélido cubre mi cuerpo y me congelo frente a mi mayor temor de niña.

- Pero no entiendo por qué le hice recordar a alguien –me detalla con atención.

- ¿Tú crees que es pura casualidad que tu tía te haya hecho venir hasta acá? –ahora lo entiendo – Te debía conocer, pero no creí que fuese de esta manera. Quiero rescatarte, pero no como tu tía lo cree, te haré mi reina.

- Es con Herlinda con quien te debes casar, mi tía y mi padre me despreciarán por arruinar sus planes –mi corazón se entristece al reconocer el sentimiento de menosprecio que sufriré en ese momento.

- Tranquila, aquí quien decide soy yo y desde que te vi en ese claro, frente a la fuente, determiné que serías mi reina –cierra la puerta y suelto todo el aire que había en mis pulmones.

Decido huir, abandono el palacio y me dirijo hacia mi casa, no quiero saber nada de un príncipe hombre lobo, demente y desequilibrado. Al llegar a mi hogar, mi corazón se tranquiliza al sentirse segura, porque de algo si estoy segura, mi tía nunca dejará que yo sea la reina de Mirna.

Entro en la sala y está mi tía y mis primas, las cuales me miran como si fuese el espectro de la ruina.

- Hola, me esto... –soy golpeada fuertemente por mi tía quien me observa furiosa.

- ¿Qué haces aquí?

- Decidí regresar a casa.

- No tienes ningún derecho de estar aquí, pero como decidiste regresar, limpia la chimenea y cortas un poco el pasto que ha crecido desde ayer –la miro incrédula de sus peticiones, pero como siempre que mi padre no está, mi amada familia me amenaza con decirle una cantidad de mentiras, las cuales mi padre cree y yo quedo deshonrada ante él. Las cenicientas solo viven para servir a sus señores.

Me retiro con mi dignidad hecha polvo y la ofensa de ser denigrada en mi propia casa.

Cuando termino mi trabajo de cenicienta decido ir frente al claro de la fuente y me recuesto sobre la roca de mis sueños, aquí puedo soñar y hacer disfrutar al pum pum de mis ilusiones, que soy una persona feliz y capaz de continuar con esta vida de infortunios y desdichas, hasta que escucho ruidos que provienen cerca de la fuente y veo un chico muy guapo con ojos chocolate, cara totalmente sucia y harapos llenos de barro con una flecha y un arco que me miran con intensidad y calma.

- Hola bello rostro, ¿te acuerdas de mí? –me sorprendo, pero en realidad no creo recordarlo
– Disculpa debe ser por mi rostro lleno de barro seco –se lava su cara en la fuente y ahora si logro verlo, es muy bello, tiene una apariencia tierna y encantadora.

- Claro que te recuerdo, eres el chico de la cocina – me estrecha su mano cálida.

- Buen apodo bello rostro, no sé tu nombre, empecemos, me llamo Lesmes.

- Áurea –me da una sonrisa agradable.

- Áurea, seremos amigos –estallamos en risas y empezamos a contarnos cosas amenas e interesantes.

Luego de todo mi trabajo en casa nos hemos encontrado todas las tardes, la verdad es que su compañía me hace sentir segura y feliz.

Un día llego a mí hogar y toda la familia está reunida. Mi tía llorando, Esmirla exasperada, pero

me sorprende Herlinda, su semblante irradia furia y desconsuelo, mi padre sorprendido, y al otro lado de la sala encuentro una visita que me deja aturdida, mi mente empieza a dar vueltas haciéndose tantas preguntas, hasta que el príncipe alza su mirada.

- Te estoy esperando, no entiendo por qué tardaste tanto, acabo de hablar con tu familia. Te haré mi esposa –aturdida, corro de ese lugar hasta que mis pulmones arden.

He corrido suficiente, estoy lejos de mi hogar, necesito a Lesmes, pero no sé dónde vive. Rodeo el pueblo, detrás de la montaña, empiezo a caminar, aunque no esté muy segura a donde voy a llegar, hago una parada, llevo tres horas andado y mis pies están lastimados. Una señora muy anciana me observa quitándome los zapatos y masajeándolos, tratando de mitigar el dolor.

- Señorita, ¿es usted de este lugar? Se me hace conocido su rostro –unos ojos muy claros y serenos me observan.

- No señora, estoy buscando la casa de un amigo, pero no sé dónde estoy.

- ¿Cómo se llama su amigo?

- Lesmes, tien... –soy interrumpida.

- Tranquila sé quién es el joven Lesmes, trabaja en el castillo del rey. Está a quince minutos de su casa, siga este sendero de flores moradas –estas flores me hacen recordar a mamá, ella ama este color. Un ambiente de familiaridad se centra en mi corazón.

Camino aguantando el dolor hasta escuchar una sonrisa, observo la figura que está a pocos metros de mí y que sonríe abiertamente a unos niños. Mis pies se fijan al suelo y no logro encontrar mi voz. Alza sus ojos grises iguales a los míos y me ve, su sonrisa desaparece y su vista se empaña de lágrimas, las cuales caen como cascadas a sus lados. La verdad tengo sentimientos encontrados al ver a mi madre de pie observándome.

Han pasado diez años desde que se fue y no he sabido nada de ella, solo lo que mi padre me contaba,

pero ahora la veo feliz y complacida con su nueva vida, mientras yo me hundo en la más infame soledad y miseria. Detrás de ella veo a Lesmes con un rostro pálido, me observa, se acerca a mi madre y le toca su hombro izquierdo.

- Debe saber la verdad mamá –escucho esas palabras y sé que he venido al lugar equivocado y me arrepiento no haberme ido con el príncipe. Ahora comprendo por qué decía que me iba a rescatar, pero no de la forma en la que mi tía creía. No le doy tiempo a Lesmes para que me alcance porque ya estoy corriendo sin rumbo fijo.

Mi madre me abandonó por irse con un hijo, y del cual yo desconocía su existencia. No entiendo como mi vida se ha convertido en un rompecabezas del cual solo tengo la mitad de las piezas.

Deambulo por este lugar, escondiéndome cada vez que veo pasar a Lesmes y a mi madre buscándome.

Me detengo cuando veo esa hermosa figura de ángel, pero esta vez mi ángel está asustado y aturdido, ¿qué le ocurrirá? Da media vuelta y sus ojos se calman, camina a pasos agigantados hasta que en unos segundos lo tengo cerca de mi rostro. Huele a miedo e impaciencia.

- Te encontré reina mía –me retiro un poco de esta cercanía al escuchar esas palabras.

- ¿Por qué me estabas buscando? –quiero pensar que me equivoco.

- Lesmes fue en mi búsqueda, está desesperado por encontrarte y no sabía cómo más hacerlo mi reina –mi asombro es tan grande que debe agarrarme fuerte por mi cintura para que no vuelva a huir. Debes saber muchas cosas que hasta ahora te han sido ocultas.

- Primero, no soy tu reina; segundo, no me interesa saber nada, todos me ocultan cosas. Temo que me destruirá.

- Primero, eres mi reina; segundo, nunca dejaría que te destruyesen –sus brazos en estos momentos son mi refugio de paz.

Sentimos una fuerte exhalación y unos sollozos, observamos de dónde provienen, y de pie mirándonos con una intensidad familiar se encuentra mi supuesto hermano y al lado de él, una madre sufrida.

- Hija no me juzgues sin antes conocer toda la verdad –atribulada, queriéndome convencer de escucharla, espera mi respuesta.

- Mi príncipe, sáqueme de este lugar y lléveme donde usted quiera, ya he visto y he escuchado suficiente –lo digo sin un ápice de consideración hacia ella, es lo menos que se merece. La verdad nunca ha sido pecado, pero lo es cuando la ocultas.

No me asombra que me lleve a su palacio, desde un principio este era mi lugar, ya no temo por mi vida estando a su lado, al contrario, después de este día, trataré de enamorarme de él, aunque sea lo último que haga.

Me encuentro en la misma habitación donde todo empezó, más confundida que nunca, queriendo explicaciones, pero no de las personas que me han lastimado tanto. Me acuesto en mi cama, acurrucada en ella y caigo en un sueño profundo.

Esta mañana he decidido salir a tomar el sol, quiero sentir la brisa cálida de este verano, camino un poco más, adentrándome en los jardines de este plácido lugar, escucho voces que discuten y distingo muy bien de quienes son, me acerco muy curiosa de lo que dicen.

- Herlinda, no me chantajes, sabes que eso no funciona conmigo.

- Sabes muy bien que la intención de mandarla a trabajar en el palacio era para seguir manipulando a su madre –sueno muy exasperada y yo muy intrigada de saber más.

- Déjala en paz, la convertiré en mi reina.

- No hasta que se entere que tú le has quitado el trono a su hermano.

Mi cabeza da vueltas, chantajear a mi madre, quitarle el trono a mi hermano, queriéndome salvar de mi tía, el parecido que él me encontraba con alguien más. No quiero saber qué otras cosas me ocultan y salgo huyendo del lugar. Esto se ha vuelto una gran excursión últimamente. Entro en la habitación y empiezo a recoger algunas cosas. Necesito ver a Lesmes.

Con temor, poco a poco, voy andando por el camino de flores moradas hasta llegar al frente de su casa y pienso si debo tocar su puerta o simplemente irme y desaparecer. Estoy en una encrucijada, pero decido por la segunda opción, no quiero sufrir más.

Sé que en mi vida existen muchos misterios. Uno de ellos, eran las anécdotas de mi madre cuando me contaba que en el pueblo existía un hombre diferente, al que todos temían, por que en la oscuridad se convertía en un monstruo, hasta conocer a su luz de vida, su amada mujer y esta con su sonrisa destellante, lo convirtió en alguien distinto, alguien que podría devolverle su humanidad. Ellos tuvieron dos hijas y, con el tiempo, estas hermosas mujeres crecieron y no heredaron el gen de la transformación, pero se sabía que en una segunda generación de hombres lobos el gen hereditario salía a la luz. Por ese motivo, la hija menor tuvo que esconder a su primer hijo, porque su padre era de la realeza y nunca podría ser descubierto o lo matarían. A la joven la hicieron casar con otro hombre, el cual no amaba, pero con el tiempo le tomo mucho cariño y respeto. Tuvieron una hija y ahora el temor de esta madre es que su niña en un futuro herede ese maldito gen a sus hijos.

Ahora tengo todas las piezas de mi rompecabezas y la verdad es que prefiero mantenerme alejada de todo esto, antes de entregar al mundo otra criatura monstruosa, la cual deba ocultarse por miedo a ser asesinada en cualquier momento. 🐾